



**Matthew d'Ancona**

Alianza editorial

Posverdad

La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla

Matthew d'Ancona

# Posverdad

La nueva guerra contra la verdad  
y cómo combatirla

## Índice

Prefacio: La proximidad de la muerte y la posverdad

1. «¿Y qué más da?»: La llegada de la era de la posverdad  
El *brexit*, Trump y el nuevo público político  
Sale la verdad, entra la emoción
2. «¡Sois incapaces de asumir la verdad!»: Los orígenes de la era de la posverdad  
El colapso de la confianza  
El ascenso de la industria de la desinformación  
Bienvenidos al bazar digital  
*Fake news*
3. Conspiración y negación: Las amigas de la posverdad  
La paranoia ocupa el centro del escenario  
¿Quién necesita la ciencia?  
El antisemitismo y la negación del Holocausto en la era digital
4. El crac de la piedra filosofal: El posmodernismo, la ironía y la era de la posverdad  
El poder de las ideas  
El posmodernismo, lo bueno y lo malo  
La herrumbre en el metal de la verdad... y sus consecuencias  
Motivos para estar alegre
5. «El hedor de las mentiras»: Estrategias para derrotar a la posverdad  
Sin vuelta atrás  
El espectro del escrutinio  
Tecnología, cúrate a ti misma

Los hechos no bastan  
Primar la narración  
Es verdad, aunque no lo parezca  
La verdad... si podemos conservarla

Agradecimientos

Créditos

*A la memoria de mi madre,  
Helen d'Ancona (1937-2014),  
que toda su vida dijo la verdad*

## Prefacio: La proximidad de la muerte y la posverdad

En septiembre de 2016 tuve un escarceo con la Parca. Bastará con que les diga que una úlcera perforada, agravada por una sepsis abdominal, no es una buena noticia; o, dicho de otra forma, me alegro de no haber visto las tasas de mortalidad hasta que salí del hospital.

Me sentía extraordinariamente afortunado, aunque también culpable por la preocupación que había ocasionado a mi familia. También sentía una profunda gratitud hacia los médicos que me habían salvado y que me ayudaron a recuperarme más deprisa de lo previsto en un principio. Me maravillaba ante las ciencias de la salud que me habían rescatado del borde del abismo: porque el borde del abismo es el lugar donde más falta hacen los «expertos», tan frecuentemente vilipendiados hoy en día.

Parafraseando a Samuel Johnson, es cierto que ese tipo de experiencias concentran la mente. Cuando me dieron de alta, tenía un único objetivo profesional: reanudar mi ronda periodística a tiempo para las elecciones presidenciales de Estados Unidos del 8 de noviembre<sup>1</sup>. Aunque, como la mayoría de comentaristas políticos, yo imaginaba que iba a ganar Hillary Clinton, estaba convencido de que el hecho de que Donald Trump hubiera obtenido la nominación como candidato presidencial del Partido Republicano era algo más que una anomalía –o que una arruga transitoria en el tejido político–. Después de la victoria de Trump resultaba absurdo argumentar que todo seguía igual (aunque algunos lo intentaban). Me llamó la atención que mis hijos

adolescentes, ninguno de ellos partidario de Trump, no estuvieran ni remotamente sorprendidos por el resultado. Su generación había intuido un cambio en el aire al que la mayoría de la mía había permanecido ajena.

Pero ¿qué cambio? Inevitablemente, Trump acecha en las páginas de este libro como una pantera de pelo naranja. Pero el presidente no es su asunto principal. Y este libro tampoco trata de la extrema derecha, ni de ninguna ideología en particular. Resulta bastante fácil imaginar un caso homólogo de izquierdas al ascenso de Trump al poder a lomos de una oleada de falsedades y de populismo de cartón piedra. Las raíces del problema son mucho más profundas.

Mi tema es epistemológico, es decir, relativo al saber, a su naturaleza y a su transmisión. En concreto, me propongo examinar cómo ha ido decayendo progresivamente el valor de la verdad como divisa de reserva de la sociedad, y el contagio epidémico de un pernicioso relativismo disfrazado de legítimo escepticismo. Si es cierto que vivimos en la era de la posverdad, ¿dónde están sus raíces?, ¿cuáles son sus principales síntomas?, ¿y qué podemos hacer nosotros al respecto?

En términos generales, comparto el desagrado que sentía Saul Bellow por la «cháchara sobre la crisis». Dicho esto, hay momentos en que es un error permanecer callado y adoptar la pose de profesional imperturbable. Al cabo de más de veinticinco años como periodista, estaría traicionando mi oficio si asistiera de manera pasiva mientras los embaucadores y los charlatanes de feria degradan su valor más esencial: la exactitud. Los que trabajamos en los medios escritos también nos equivocamos, pero a nosotros se nos exigen responsabilidades por nuestros errores: y con toda justicia. ¿Pero qué ocurre cuando las mentiras no solo proliferan sino que además parece que a la gente eso le importa cada vez menos, o incluso nada en absoluto?

También soy miembro del patronato del Museo de Ciencias de Londres. En sus asombrosas salas y galerías, obra de su extraordinario equipo, parecería una afrenta a la mayor revolución de la historia del conocimiento humano que ahora circule por ahí tanta falsificación, tanta pseudociencia y tantas paparruchas médicas. Antiguamente, la idea de la ciencia como una conspiración en vez de como un campo de investigación capaz de cambiar el mundo se restringía a unos cuantos chalados. Ya no es así. Y me parece intolerable.

Menciono esos detalles porque este breve libro es básicamente un panfleto personal, más que un manual ecuánime. No es momento para la histeria. E igualmente, no son tiempos de ser optimistas, ni de jactarnos con aplomo de que lo que llamamos posverdad no es más que la última moda de la pasarela intelectual, y que acabará disolviéndose por sí sola hasta la insignificancia.

Como suele ocurrir, George Orwell nos ofrece un texto para nuestra época, además de para la suya: en este caso, su ensayo «Rememorando la Guerra Española» (*Recuerdos de la guerra de España*), de 1942. Orwell recordaba el aterrador éxito de la propaganda fascista, sobre todo respecto a la intervención de los soviéticos en el conflicto:

Ese tipo de cosas me parecen aterradoras, porque a menudo me da la sensación de que el concepto mismo de verdad objetiva está desapareciendo del mundo. Al fin y al cabo, es muy probable que esas mentiras, o en cualquier caso otras parecidas, pasen a formar parte de la historia. ¿Cómo se escribirá la historia de la guerra de España? Si Franco permanece en el poder, las personas designadas por él escribirán los libros de historia, y (por ceñirme a mi cuestión) ese ejército ruso que nunca existió se convertirá en un hecho histórico, y los escolares lo estudiarán a lo largo de muchas generaciones. Pero imaginemos que al final el fascismo cae derrotado y que en España se restablece algún tipo de gobierno democrático en un futuro no muy lejano; incluso en ese caso, ¿cómo habría que escribir la historia de la guerra? ¿Qué tipo de registros habrá dejado Franco tras de sí? Imaginemos que incluso fuesen recuperables los registros del bando de la República, a pesar de todo: ¿cómo habría que escribir una historia verdadera de la guerra? Porque, como he señalado anteriormente, el Gobierno de la República también se dedicó a difundir todo tipo de mentiras. Desde el punto de vista de los



antifascistas se podría escribir una historia de la guerra verídica a grandes rasgos, pero se trataría de una historia interesada, muy poco fiable en sus pequeños detalles. Sin embargo, se acabará escribiendo *alguna* historia, y después de que hayan muerto todos los que recuerdan realmente la guerra. Será universalmente aceptada. De modo que, a todos los efectos prácticos, la mentira se habrá convertido en verdad.

Orwell reconocía plenamente que no había nada nuevo en el concepto de sesgo histórico. Pero «lo peculiar de nuestros tiempos es el abandono de la idea de que se *pueda* escribir la historia de una forma veraz»<sup>2</sup>.

Se trataba de una de las primeras premoniciones de la era de la posverdad. Orwell temía que el totalitarismo acabara siendo la fuerza que destruyera el concepto mismo de veracidad. Como veremos, las presiones que hoy en día se abaten sobre la verdad son más complejas, dispersas e insidiosas. Pero también resultan más preocupantes precisamente porque no emanan ni de un Gran Hermano con nombre y apellido, ni de un Goebbels, ni de un *Izvestia*. No hay una estatua en concreto que se pueda echar abajo.

Ese es otro de los motivos de que sea tan importante ver a Trump como consecuencia y no como causa. Su salida del cargo político –cuando llegue ese día– no señalará el fin de la era de la posverdad, y es un grave error de análisis pensar lo contrario. No se trata de una batalla entre progresistas y conservadores. Es una batalla entre dos formas de percibir el mundo, entre dos enfoques radicalmente diferentes de la realidad: y *hay* que escoger entre ambas cosas. ¿Usted se conforma con que el valor primordial de la Ilustración, de las sociedades libres y del discurso democrático sea pisoteado por unos charlatanes... o no? ¿Está usted en el terreno de juego, o se conforma con verlo todo desde la grada?

A pesar de todas las cosas que se dicen sobre la apatía del público y su falta de compromiso –algunas de ellas justificadas, otras no–, yo sigo siendo optimista. Estoy convencido, a pesar de las trampas psicológicas que nos hacemos

a nosotros mismos, de que en última instancia está en nuestra naturaleza exigir veracidad y oponernos a la mentira. Dentro de todos nosotros hay una voz que se resiste a las mentiras, aunque esa voz haya sido silenciada (por razones que veremos a continuación). El reto es conseguir transformar esa voz de un susurro a un rugido. La verdad está esperándonos... siempre y cuando nosotros la exijamos.

Matthew d'Ancona

Marzo de 2017

---

1 Lo conseguí: véase <http://www.standard.co.uk/comment/comment/matthew-dancona-donald-trump-s-victory-will-be-as-great-a-test-for-theresa-may-as-brexit-a3391521.html>

2 Sonia Orwell e Ian Angus (eds.), *The Collected Essays of George Orwell, Vol. II: My Country Right or Left 1940-43* (edición rústica, 1980), pp. 295-296.

# 1. «¿Y qué más da?»: La llegada de la era de la posverdad

## El *brexit*, Trump y el nuevo público político

Hay una temporada para todo: 1968 señaló la revolución en la libertad personal y el anhelo de progreso social; 1989 será recordado por el hundimiento del totalitarismo; y 2016 ha sido el año en que arrancó definitivamente la era de la «posverdad». Lo que este libro pretende abordar es la naturaleza, los orígenes y los desafíos de dicha era.

Hemos entrado en una nueva fase del combate político e intelectual, donde las ortodoxias y las instituciones democráticas se ven sacudidas hasta sus cimientos por una oleada de alarmante populismo. La racionalidad se ve amenazada por las emociones, la diversidad por la reivindicación de lo autóctono, y la libertad por una deriva hacia la autocracia. Más que nunca, el ejercicio de la política se percibe como un juego de suma cero, y no como una contienda entre las ideas. Se trata a la ciencia con desconfianza y, a veces, con manifiesto desprecio.

Detrás de esta tendencia mundial hay un desplome del valor de la verdad, comparable al hundimiento de una divisa o de los valores bursátiles. En el debate político ya no se concede máxima prioridad a la honestidad y a la exactitud. En calidad de candidato y de presidente, Donald Trump ha degradado el presupuesto de que el líder del mundo libre debería estar familiarizado, por lo menos de refilón, con la verdad: según *PolitiFact*, una página web de comprobación de datos galardonada con el Premio Pulitzer, el 69% de las afirmaciones de Trump son «predominantemente falsas»,

«falsas» o «mentira podrida»<sup>3</sup>. En el Reino Unido, la campaña a favor de salir de la Unión Europea triunfó con unos eslóganes que eran demostrablemente inciertos o engañosos, pero también demostrablemente altisonantes.

Las páginas web «conspiracionistas» y las redes sociales desdeñan a la «prensa caduca» (los *mainstream media*, o sea, los medios de comunicación dominantes) por considerarla la voz desacreditada de un orden «globalista», de una «élite progresista» cuya época ha pasado. Se vilipendia a los «expertos» como un cártel malintencionado y no como una fuente de información verificable. «Atrévete a saber» era el lema de la Ilustración que proponía Immanuel Kant. Su homólogo de hoy en día es «Atrévete a no saber».

No es casualidad que la editorial Oxford Dictionaries eligiera «posverdad» como palabra del año 2016, definiéndola como sinónimo de «unas circunstancias en que los hechos objetivos influyen menos a la hora de condicionar la opinión pública que los llamamientos a las emociones y a las creencias personales»<sup>4</sup>. Su etimología exacta es objeto de debate, aunque existe el consenso generalizado de que el primero que la utilizó fue el escritor serbo-estadounidense Steve Tesich en un artículo para *The Nation* en 1992. El pueblo estadounidense estaba tan traumatizado por el Watergate, por el asunto Irán-Contra y por otros escándalos (afirmaba Tesich) que había empezado a darle la espalda a la verdad, y a confabularse cansinamente para eliminarla:

Nos estamos convirtiendo rápidamente en el prototipo del pueblo con el que a los monstruos totalitarios se les caería la baba en sus ensoñaciones. Hasta ahora, todos los dictadores tuvieron que esforzarse denodadamente para eliminar la verdad. Nosotros, con nuestros actos, venimos a decir que ya no hace falta ningún esfuerzo, que hemos adquirido un mecanismo espiritual capaz de despojar a la verdad de toda relevancia. De una forma muy fundamental, nosotros, como pueblo libre, hemos decidido libremente que queremos vivir en un mundo de posverdad<sup>5</sup>.

En 2010, el bloguero David Roberts estudió las últimas averiguaciones del mundo académico en materia de cien-

cias políticas, y llegaba a una conclusión similar, aunque desde una perspectiva diferente. Pese a que resultaba tranquilizador imaginar que los votantes reunían los datos, sacaban conclusiones a partir de esos datos, asumían una «postura sobre los asuntos» en función de dichas conclusiones, y a consecuencia de todo ello votaban a un partido político, el comportamiento de los electores no se ajustaba a ese ideal. En la práctica, afirmaba Roberts, los votantes elegían un partido sobre la base de la afiliación de sus valores, adoptaban las opiniones de la tribu, desarrollaban argumentos para fundamentar esas opiniones y (solo entonces) escogían los datos que venían a refrendar esas aseveraciones:

Vivimos en una política de la posverdad: una cultura política donde la política (la opinión pública y el relato que hacen los medios) ha quedado casi totalmente desconectada de las políticas (la sustancia de la legislación). Evidentemente, eso debilita cualquier esperanza de un compromiso legislativo razonado<sup>6</sup>.

En 2016 las profecías de Tesich y Roberts se hicieron realidad, con efectos espectaculares. La elección de Trump como 45° presidente de Estados Unidos y la victoriosa campaña para sacar a Gran Bretaña de la UE indudablemente significaron una sublevación contra el orden establecido, así como la exigencia de un cambio mal definido: respectivamente «Hacer que América vuelva a ser grande» y «Recuperar el control». Ambas victorias pusieron patas arriba las despreocupadas predicciones de los expertos, los encuestadores y los corredores de apuestas. Ambas inundaron de luz un paisaje transformado, cuya aparición no había sido capaz de detectar la clase política y mediática. Y lo más llamativo era que ambas insurgencias reflejaban un nuevo y alarmante desplome del poder de la verdad como motor de la conducta electoral. La tesis que enunciaba Roberts en su blog se había convertido en una realidad geopolítica.

Donald J. Trump es reverenciado por sus partidarios como un empresario no contaminado por la política. Es aclamado como maestro de los negocios, de la cuenta de resultados de las empresas y del valor seguro. Pero –en su calidad de primer presidente de la posverdad– se le concibe mucho mejor como un artista del espectáculo que como un político o como un magnate (un magnate que, al fin y al cabo, ha presentado una petición de quiebra en seis ocasiones)<sup>7</sup>. No es casualidad que Trump tuiteara con tanta vehemencia cuando el programa *Saturday Night Live* se burlaba de él, o cuando Meryl Streep le atacó en la ceremonia de entrega de los Globos de Oro. Al sustituir Arnold Schwarzenegger a Trump en su papel estelar de presentador del programa *The Celebrity Apprentice*, el presidente utilizó Twitter para hacer público su veredicto:

¡Vaya, acaban de aparecer los índices de audiencia y el público ha hundido a Arnold Schwarzenegger, si los comparamos con la máquina de audiencias. DJT.

Al tiempo que su transición se tambaleaba, el presidente electo dedicaba unos minutos de su apretada agenda para hacerse una foto con el rapero Kanye West.

Sorprendentemente Trump es miembro del Salón de la Fama de la empresa World Wrestling Entertainment (WWE, Asociación Mundial del Espectáculo de Lucha Libre), pues supuestamente participó en un combate improvisado con Vince McMahon, el presidente de la franquicia mundial de la lucha libre, valorada en 1.500 millones de dólares, en *WrestleMania*<sup>8</sup>, en 2007. El filósofo francés Roland Barthes dio una acertada definición de la lucha libre como «una suma de espectáculos». ¿Existe mejor manera de describir la conducta de este presidente?

«En la lucha libre, al igual que en el teatro, no existe el mínimo problema con la verdad», escribía Barthes, una formulación que nos resulta amenazadoramente familiar en la era de la posverdad. La actuación es «intermitente, pero

siempre oportuna», representa una «chabacanería amorfa» y la «siempre divertida imagen del gruñón, que constantemente está inventando historias sobre el motivo de su descontento». El espectador se recrea en «la grandilocuencia emocional, en los reiterados paroxismos, en la exasperación de las respuestas»<sup>2</sup>.

Nada de eso supone una distracción para Trump: resulta esencial tanto para su identidad como para su percepción del público como una audiencia que consume entretenimiento y no como un electorado comprometido cívicamente. Sus prioridades no son las políticas, ni su equipo, ni la diplomacia. Por el contrario, Trump ha redefinido la presidencia como el papel más codiciado de la industria del espectáculo, un segmento de un continuo que, en su caso, se extiende desde el *ring* de World Wrestling Entertainment, pasando por sus cameos en películas, hasta llegar al Despacho Oval. Streep y los actores de *Saturday Night Live* no son solo sus enemigos, sino también sus colegas en el oficio, sus pares y rivales. En semejante contexto, se nos antoja risiblemente anticuado concebir el gobierno como la forja de unas políticas basadas en los hechos y la búsqueda del apoyo político necesario para implementarlas. Aquí lo que cuenta es el índice de audiencia.

Por esa razón el presidente se mostró tan consternado ante los informes de que su investidura había contado con menos asistentes que la de Barack Obama en 2009. A la mañana siguiente de la ceremonia, Trump habló personalmente con el director en funciones del Servicio Nacional de Parques, Michael T. Reynolds, y le requirió más imágenes que pudieran desautorizar aquella noticia que se extendía como un reguero de pólvora. Ese mismo día, Sean Spicer, el nuevo jefe de Prensa de la Casa Blanca, convocó una rueda de prensa especial e insistió agresivamente en que «ha sido la máxima audiencia de la historia para una ceremonia de investidura. Y punto; tanto en asistentes como en espectadores por todo el mundo». Spicer afirmaba que en